

algar  CALZETÍN

# El verano que desaparecieron los Trogloditas

Raquel  
Míguez

Dibujos de  
Bartomeu  
Seguí





1

## El escondite perfecto

El último día de colegio, Diego recogió sus notas y se marchó sin despedirse. Cruzó la calle, subió al autobús y miró el edificio de ladrillo rojo desde la ventanilla.

«¡Dos meses de libertad condicional!», pensó, con una sonrisa recién estrenada.

Se bajó una parada antes, para pasarse por la panadería de sus padres. El olor a crema, canela y pan recién hecho que perfumaba la calle le abrió el apetito.

—Es que cuarto ha sido más difícil... Pero he aprobado todo, mamá. —Prefirió adelantarse a hablar, antes de que ella protestara por lo mucho que había bajado las notas—. Carlos Martínez de

la Fuente y Gonzalo Garrido han suspendido tres; yo solo he bajado un poco en Historia y Mates...

La madre de Diego despachó a las dos clientas que esperaban su turno para comprar el pan.

—A ver, déjame el boletín. —Se sacudió los restos de harina de las manos y se las pasó por el delantal—. Ya barruntaba yo que algo de esto iba a ocurrir, Diego. Este curso has estado despistado, no hay más que ver tus cuadernos. Ni parecen tuyos, todos llenos de tachones.

El niño se coló detrás del mostrador y recorrió el expositor de los dulces con los ojos.

—¿Cuándo vamos a comprar el billete de tren? —preguntó.

—El billete lo sacamos hoy por Internet, pero no te puedes ir hasta dentro de unos días —dijo la mujer, al tiempo que despachaba una barra especial de centeno a un nuevo cliente—. Tienes que comprarte un bañador, calcetines y un jersey gordo, que en el pueblo por la noche refresca, ya lo sabes. ¡Y deja ese pastel, Diego, haz el favor!

Una semana después, a las siete de la mañana, Diego abandonaba la ciudad para empezar sus vacaciones de verano:

—Pórtate bien. Obedece. ¡Y cuidado con el río, Diego!... Acuérdate de darles la caja de dulces a tus tíos, ¿eh? Nada más llegar. Y le dices a tía Adela que las cañas de chocolate están teniendo mucho

éxito. Las hemos hecho con su receta y le hará ilusión saber lo bien que se venden. ¿Has metido el monedero en la mochila?, ¿y los bocadillos?... Ven, dame otro beso.

El niño abrazó a su madre, que le peinó con los dedos, comprobó la hora y se aseguró de que la maleta estaba bien sujeta en el portaequipajes. Luego le dio un último beso y, por fin, se bajó del tren.

Diego pegó la nariz al cristal y observó cómo se alejaba a paso ligero, hasta disolverse entre la gente: llegaba tarde a la panadería.

Se separó de la ventanilla, saludó a la mujer que acababa de ocupar el asiento de al lado y se sentó en el suyo. En cuanto el tren arrancó, su compañera de viaje abrió un libro y se concentró en la lectura. Sin quitarle los ojos de encima, Diego tiró despacio de la cremallera de su mochila. Un segundo después Pérez asomaba su cabeza de algodón por la abertura.

Nadie más sabía de la existencia del hámster, que había aparecido unos días atrás en el patio del colegio, quizá fugado de la tienda de animales de la calle de enfrente. Diego y Pérez se habían mirado un segundo, antes de que el primero lo encerrase en su mano y lo deslizase disimuladamente en el bolsillo de la pernera del pantalón. No se había atrevido a decirlo en casa, porque no estaba seguro de que sus padres le dejaran tener una mascota:

—Se lo contaré a mamá en cuanto le demuestre que no ensucias, que no haces ruido y que puedo cuidar de ti sin ayuda.

Así que Pérez vivió los días antes de las vacaciones escondido debajo de la cama, en una caja de zapatos agujereada, hasta que Diego volvía del colegio y lo liberaba para jugar.

El niño sacó al hámster de la mochila y lo coló disimuladamente en el bolsillo de los pantalones, donde había guardado un par de palitroques para que Pérez pudiera roer. A continuación metió la mano en la mochila y sacó una bolsa de patatas fritas sabor barbacoa —sus preferidas— y el libro que se había comprado el día anterior y que estaba impaciente por empezar: la última entrega de *Las aventuras de Alfred & Agatha*.

Tenía por delante seis horas de trayecto. Le gustaba viajar en tren y no le importaba hacerlo solo, aunque sabía que el día se le haría largo. Seis horas dan para mucho: le sobraría tiempo para leer, dormir, comerse los bocadillos, leer otra vez hasta quedarse dormido, jugar a la máquina, acabarse otra bolsa de patatas, mirar el paisaje, terminar el libro, volver a la máquina, acercarse a la cafetería a por un bollo y una Coca-Cola, aburrirse como una ostra y contestar con desgana y monosílabos a las preguntas de su compañera de asiento... Seis largas horas para borrar de su cabeza, kilómetro

a kilómetro, el colegio. Las collejas, los motes, el recreo, el aprobado por los pelos en Matemáticas. Seiscientos kilómetros para olvidar que, en septiembre, volvería a la ciudad.

Cuando el tren se acercó a la estación del pueblo, Diego estaba dormido y solo. La señora que había iniciado el viaje con él se había bajado a mitad de camino, lo cual fue una suerte porque así pudo ocupar los dos asientos y dormir a pierna suelta, con la mochila como almohada. Antes había dejado que Pérez estirase las patas.

Le despertó la voz de mujer que anunciaba cada parada.

Diego bostezó, estiró los brazos y se incorporó. Guardó el libro en la mochila y se palpó el bolsillo, para comprobar que Pérez seguía allí. A continuación miró por la ventanilla y agitó la mano en dirección a sus tíos, que le esperaban en el andén casi vacío.

Le gustaba aquella pequeña estación de piedra y musgo, tan distinta a la de la ciudad. El reloj de agujas, con un adelanto de cinco minutos sobre la hora; el edificio de granito gris y sus ventanas de madera pintadas de verde; el jefe de estación, que salía a recibirle como si fuese una persona importante:

—¡Hombre, Diego! Pensábamos que nos habías cambiado por una playa del Caribe.

El olor a eucalipto que respiraba al instante de poner un pie en el andén; el silencio que seguía

a la partida del tren, interrumpido ahora por las campanas de la iglesia, que escucharía cada noche desde la cama...

Hinchó las aletas de la nariz y cogió aire: empezaban los mejores días del año.

Diego abrazó a tía Adela y a tío Víctor y buscó a su primo con la mirada. Estaba deseando presentarle a Pérez y le sorprendió que no hubiese ido a recibirle a la estación, como todos los veranos.

—¿Y Pablo? —preguntó, al tiempo que tiraba del borde de su camiseta para separarla del cuerpo.

—Estará por ahí —había contestado tía Adela—. Lleva varios días sin dar señales de vida.

El niño sonrió. Tía Adela, tan exagerada como siempre.

—Sí, Diego, tu tía tiene razón —añadió tío Víctor—. Pablo anda por ahí, perdido.

Pensó entonces que la exageración de tía Adela se había vuelto contagiosa.

Tío Víctor le ayudó con el equipaje y su tía le pasó el brazo por el hombro y lo estrujó contra ella. Respiró el ligero olor a rosas. Aquel perfume familiar y los dedos presionando suavemente su brazo le hicieron sentirse el niño más feliz del planeta.

De camino al coche no dejaron de hacerle preguntas sobre el viaje, la panadería, sus padres... el colegio.

